

que de Alba, y que eran conocidos y temidos con el nombre de *gueux de la mer*, se apoderó del puerto de La Brielle en donde se hizo fuerte el feroz Guillermo La Mark y que no pudieron tomar los españoles, porque, rotos los diques, el mar invadió los contornos y los intrépidos corsarios pudieron desplegar sus fuerzas (marítimas) contra los sitiadores. El momento era crítico; la insurrección cundía, y la actitud de Francia era amenazadora; los hugonotes gozaban del favor de la Corte; su jefe oficial Enrique, rey de Navarra, contraía matrimonio con una hermana de Carlos IX, y su jefe efectivo, el almirante Coligni, cuyo proyecto favorito era despojar de Flandes á los españoles y anexarlo á la corona francesa, adquiriría cada vez mayor ascendiente sobre el joven monarca, con profunda pena del partido de los Guisas y de la reina madre Catarina de Medici. Alba y su hijo procedieron con energía, y ya habían comenzado á vencer y matar, cuando la noticia del asesinato de Coligni y los protestantes en París (la noche de San Bartolomé) vino á destruir de nuevo las esperanzas de los patriotas; sin embargo, se mantuvieron firmes, sobre todo en la provincia de Holanda, y prefirieron á veces sumergirse y devolver al mar la tierra que con tan admirable energía le habían arrebatado, antes de soportar de nuevo el yugo español. Alba, que había disgustado profundamente al partido flamenco-español, tuvo al fin que abandonar su puesto, dejando espantosa memoria tras de sí.—Requesens lo substituyó, encontrando un ejército indisciplinado, que por años enteros no había sido pagado, y que empeñado en tomar á Leyde, para pillarla, fué casi destruído por el mar y los piratas. Por entonces las dos provincias de Holanda y Zelanda declararon su independencia de España, confiando plenos poderes á Guillermo de Orange, y entrando en arreglos con las otras provincias que de hecho se emanciparon á la muerte de Requesens, dejando aislado y sin gobierno al ejército español, que vivía cometiendo gigantescos crímenes como el saqueo de Amberes, la cual, enteramente indefensa, perdió desde entonces su importancia mercantil, incendiada, robada y arruinada (1576). El país entero estaba sobre las armas cuando llegó D. Juan de Austria, que se había empeñado, en su inquieta é insaciable ambición, en conquistarse él mismo un reino y que pensaba realizar sus designios en Inglaterra, ya casándose con la infortunada reina cautiva María Estuardo y arrojando del trono á Isabel con ayuda de los escoceses, de los españoles y de los Guisas, ya casándose con Isabel, si la reina virgen consentía en ello. Para eso le convenía estar en Flandes, pero en Flandes pacífico y tranquilo; por eso aceptó las condiciones de los Estados, prometiendo la completa desocupación del país por los españoles, el reconocimiento de Orange como gobernador, etc.; mas los españoles no se retiraban sino con gran lentitud, de aquí surgieron las des-

avenencias, y mientras los Estados encomendaban la regencia al archiduque Matías, que se subalternó á Guillermo, y el rey negaba todo auxilio á D. Juan para sus planes en Inglaterra, y hacía asesinar en las calles de Madrid á Escobedo, el secretario y emisario de su hermano, D. Juan, que había logrado derrotar al ejército rebelde, sucumbía lleno de decepciones y amarguras en 1579.

Con su sucesor, Alejandro Farnesio (hijo de Margarita de Parma), una nueva éra se abrió para la dominación española en Flandes. No pocos años invirtió en su obra el nieto de Carlos V; pero procedió con tan profundo tino militar y tal espíritu político, que, sin la influencia de los acontecimientos generales de Europa, la sumisión habría sido un hecho consumado antes de terminar el siglo. El duque de Anjou, hermano del rey Enrique III de Francia, fué llamado por los Estados Generales para encargarle del gobierno, por estar ya disgustados con el archiduque Matías; mas tales fueron los desmanes cometidos por el incapaz príncipe, que tuvo al fin que huir.—Guillermo de Orange, el Taciturno, como le llamaban, asesinado por un fanático á sueldo de Felipe II, había dejado á su segundo hijo (el primero era católico) en muy corta edad; pero Juan Olden Barneveldt, alma de los Estados Generales y hombre notabilísimo por su inteligencia y su carácter, tomó la dirección de los negocios, lo cual se necesitaba, pues á pesar del pacto de Utrecht, celebrado por las provincias del Norte y del Noreste, que es el verdadero fundamento de la constitución de las Provincias Unidas, había entre ellas gravísimas disensiones, por la cuestión religiosa, sobre todo. Esto sirvió mucho á Farnesio para ir conquistando, al mismo tiempo que cavando el abismo que separaba á lo que hoy es Bélgica de lo que es Holanda.—En vano Isabel de Inglaterra envió á su favorito Leicester con un ejército auxiliar; los españoles continuaron apoderándose del país rebelde. Por fortuna el espantoso fracaso de la *Invencible armada*, destinada por Felipe II á llevar la conquista á la Isla, quebrantó para siempre el poder marítimo de España y permitió al holandés tomar un vuelo gigantesco, lo que fortificaba á los rebeldes enriqueciéndolos; si á esto se agregan las expediciones de Farnesio á Francia para impedir á Enrique IV apoderarse del trono francés en París, expediciones que lo obligaron á desocupar los Países Bajos y permitieron á Mauricio de Nassau, hijo del Taciturno y que había resultado un excelente capitán, reconquistar buena parte de las comarcas sometidas á España, se comprenderá por qué Felipe, antes de morir, cambió totalmente de política en Flandes, mandando á su yerno el archiduque Alberto y á su hija María á gobernar el país, con la esperanza de una conciliación si era posible. A principios del siguiente siglo, los archiduques,

á pesar de las victorias obtenidas por un nuevo gran General servidor de España, el marqués de Spínola, firmaron una larga tregua en que reconocían la independencia de las Provincias Unidas (1609).

6. *Isabel de Inglaterra.*—España había ostensiblemente protegido la exaltación al trono inglés de la protestante Isabel, porque á falta de ésta, el derecho preferente era el de la joven María Estuardo, reina en aquellos momentos de Escocia y de Francia; esta unión de las naciones inglesa y francesa espantó al católico Felipe II, que puso en este caso su política por encima de su religión. Isabel no tenía, como verdadera hija del Renacimiento, ni condiciones religiosas profundas, ni nociones morales bien claras; tampoco rescataba estas deficiencias, con la amplitud de sentimiento humano, que distinguió á tantos descreídos de su tiempo. Coqueta y licenciosa, erudita aunque jamás pedante, lo que distinguía á Isabel y la hizo tan notable, fué su instinto político, casi infalible, y el apego directo y poderoso á la tierra inglesa y al pueblo inglés; mala mujer y gran reina, tal es el juicio de la posteridad sobre la virgen, e. d., sobre la soltera coronada del siglo XVI.—Isabel comprendió que todo lo que había de energía, de actividad, de porvenir en su reino, estaba en la minoría aparente, pero poderosa que había abrazado la causa de la Reforma; mas el puritanismo democrático de los sectarios de Calvino y de Knox le repugnaba y tenía que guardar consideraciones al rey de España, que tuvo la pretensión de casarse con ella, pretensión que Isabel rechazó con tacto consumado.—Muchas explicaciones se han dado á las constantes repulsas de Isabel á sus pretendientes más ó menos regios; quizás la sola verdad está en la pasión que tenía por su favorito el conde de Leicester que, sin embargo, no logró tampoco casarse con la reina.—Isabel había dado la dirección de los negocios á Robert Cecil, hombre de alta inteligencia; mas no se dejaba gobernar por él, como lo prueba el hecho de haber el ministro luchado por largo tiempo para que la reina adoptase una política francamente protestante, sin conseguirlo, al contrario; porque aunque es verdad que Isabel y el Parlamento recogieron de nuevo los bienes devueltos por María Tudor á la Iglesia y renovaron la separación de la obediencia al Pontífice, también es verdad que Isabel hizo decretar un catecismo religioso mucho menos riguroso que el de su hermano Eduardo VI, y en el que se reconocía el sacramento Eucarístico y se mantenían muchos puntos del ritual romano; así habría querido la reina facilitar el ingreso de los católicos en la Iglesia nacional; por supuesto, se estrelló en esta tentativa. A quienes verdaderamente odiaba Isabel y persiguió con encarnizamiento, era á los partidarios del *cristianismo puro* ó puritanos, que anatematizaban las contemporizaciones con el papismo y el lujo y los deportes

á que se entregaba la corte de Isabel. La lucha sostenida por la reina y los obispos contra estas tendencias creó un antagonismo, no sólo religioso sino político, entre esta secta y la corona, lo que había de tener gran trascendencia á lo futuro.

*María Estuardo.*—Fué una raza infortunada la de los Stuarts, reyes de Escocia; las constantes luchas con Inglaterra y con los rudos y orgullosos magnates, los ocuparon desde el siglo XIV; contra Inglaterra se apoyaron casi siempre en la alianza de Francia; contra los nobles levantaron el poder del clero á quien entregaron riquezas inmensas y que se mostraba ávido y corrompido, lo que le enajenó buena parte del favor popular que fué contrario frecuentemente á la corona, mientras la nobleza buscó sus auxiliares en Inglaterra. De suerte que la Reforma encontró el terreno preparado en Escocia; mas la represión fué tan sangrienta y enérgica, que pronto pareció apagada la llama para siempre, y más cuando los ingleses fueron arrojados del país por los auxiliares franceses de la reina regente María de Guisa, mujer hábil y emprendedora, digna de la familia que tamaño papel hacía ya en Francia. Esta estrecha unión con Francia obligó á la regente á declararse hostil á María Tudor, mujer del enemigo principal de aquella nación, Felipe II, y por eso dió asilo á los protestantes fugitivos de Inglaterra. La Reforma entró entonces en un período de activísimo proselitismo en Escocia. Un apóstol del calvinismo, John Knox, le comunicaba el ardiente fanatismo y el valor indomable de su alma. Pronto formó una liga ó *covenant* que atrajo á gran parte de la nobleza; Isabel, desatendiéndose de su aversión al calvinismo, la protegió, y pronto los *covenantarios* fueron dueños del reino; María de Guisa había muerto, entretanto, y la religión reformada fué declarada la única oficial. A pesar de la energía del conde de Murray, hijo natural del último rey, la anarquía se enseñoreó del país, y la nobleza, enriquecida con los despojos de la Iglesia, se mostró más que nunca ingobernable. En estas circunstancias desembarcó en Escocia la joven reina María Estuardo (1561).

Mujer de poderoso atractivo, de alma poética, pero no incapaz de energía y de violencia, el prolongado drama de su vida y la auréola que el más doloroso infortunio encendió en torno de su real diadema, han forzado el respeto y la piedad de la historia, que aunque no la puede considerar inmaculada, porque no sólo fueron muchos sus errores, sino grandes sus faltas, juzgará siempre con profunda simpatía á la mártir de su derecho y de su fe.—Educada en la corte supersticiosa y licenciosa á un tiempo de los Valois; instrumento de la ambición de los Guisas; reina de Francia por su enlace con Francisco II, reina viuda bien pronto, contaba de antemano con la hostilidad de su reino, que

veía en ella la paloma emisaria del catolicismo europeo, y con la envidia y el odio de su prima Isabel. Mujer hábil, aunque menos hábil que apasionada, empezó por entregarse en manos de su hermano natural Murray y de los *covenantarios*, y poco á poco fué haciéndose de un partido personal. La cuestión de su matrimonio era muy grave, porque dado el irremediable celibato de Isabel, sólo un hijo de María podía heredar la corona de Inglaterra; muchos fueron los pretendientes, ella escogió á un pariente suyo, lord Darley; como era católico, los protestantes tomaron una actitud amenazadora. Entonces ganó gran influencia sobre María un joven italiano, que era agente secreto del Papa y acaso un jesuita, David Riccio, y comenzó á tramar con la reina una vasta conspiración que hubiera vuelto al reino al dominio católico; pero el inepto y libertino Darley, despreciado por María, hizo asesinar á Riccio, en un arranque de celos infundados. La reina se manejó, á pesar de todo, con astucia y conjuró el peligro, manifestándose amiga de Isabel; tras de mil intrigas y peripecias, un partidario suyo, hombre brutal y de inmensa ambición, el conde Bothwell, hizo asesinar al esposo de la reina, y María cometió la insigne falta de casarse con el asesino.—Esto autorizo las sospechas de que era su cómplice, lo que jamás pudo comprobarse, porque las supuestas *cartas de la arquilla*, que, se decía, eran de la reina á Bothwell y demostraban su participación en el asesinato, son falsificaciones (v. sobre esta cuestión debatida furiosamente desde el siglo XVI, el estudio definitivo de Philippon en la *Revue historique*; v. también Mignet, Freude y Green sobre la biografía de María Estuardo). La nobleza entera se lanzó á la lucha; Bothwell, fugitivo, fué á acabar su vida en una prisión de Noruega, y María, vencida y prisionera, logró evadirse y se refugió en Inglaterra, en donde Isabel la había ofrecido amparo. Allí fué encerrada en una fortaleza y luego en uno y otro castillo, durante diez y nueve años. María fué desde entonces centro de todas las intrigas de la liga de las potencias católicas contra Isabel, que con tan insigne felonía la retenía prisionera; en el interior mismo de Inglaterra, varias temibles conspiraciones se tramaron para libertarla y aun para asesinar á Isabel; de alguna de estas tentativas criminales parece que tuvo conocimiento María. Ya en los últimos años fué España la promotora de los complots. El pueblo inglés sentía con este motivo transformarse en adoración su afecto por Isabel y clamaba con odio implacable por la muerte de María; los ministros Cecil y Walsingham, desearon de comprometer á la reina irremisiblemente en una lucha contra el catolicismo europeo, la atemorizaron revelándola las tramas contra su vida, y le arrancaron la orden de proceder contra la infortunada reina de Escocia, que, juzgada *pro formula* y sentenciada á muerte, fué ejecutada en 1587, dando

muestras del temple valeroso de su alma, de su fe inquebrantable y de una suprema dignidad.

Entretanto en Escocia, el hijo de María, Jacobo VI (el futuro Jacobo I de Inglaterra), unas veces vencido, otras vencedor de la nobleza; unas de acuerdo con su madre, recibiendo otras pensiones de Isabel, veía organizarse definitivamente la Iglesia de Escocia en una forma democrática, gobernada por sacerdotes de elección popular y por colegios de ancianos ó presbíteros, de donde le vino el nombre de *Iglesia presbiteriana*.

*La invencible armada*.—Los católicos atacaban á Isabel en Escocia é Irlanda, ó en el interior de su reino por medio de las tentativas de asesinato; Isabel contestaba ayudando á los hugonotes en Francia y á las Provincias Unidas en los Países Bajos, y después que el Papa la excomulgó y depuso solemnemente, con la sangrienta persecución de los católicos. Felipe II, que por su espíritu irresoluto había hecho fracasar más de una conspiración en favor de María, se decidió á dar un golpe gigantesco y preparó en los puertos españoles la escuadra más formidable que había surcado el Océano, y que, obrando en combinación con Alejandro Farnesio, debía llevar la invasión y la destrucción á la Isla. Esta armada, que de antemano se llamó *la invencible*, primero mermada por los ataques constantes de los corsarios ingleses, verdaderamente invencibles, cuando los acaudillaban marinos como Drake, Hawkins y Forbicher, los primeros del mundo, y luego desbaratada por los huracanes en la Mancha y en las costas de Escocia, Noruega é Irlanda, gracias á la ineptitud del Almirante Medina Sidonia, marca el esfuerzo supremo de España por la dominación del mar; con el desastre de la Invencible, la supremacía pasa á Inglaterra, que atacó á su rival en todas las colonias, que la despojó de los cargamentos de oro y plata que conducían las naos españolas desde América y que todavía desbarató, al fin del siglo, otra armada que, para reparar el desastre de la Invencible, había allegado Felipe II con la fría, lenta y admirable constancia que lo caracterizaba.—Isabel siguió hasta la muerte luchando y triunfando; triunfo fué para ella el resultado de la lucha en los Países Bajos con la emancipación de Holanda, y triunfo el de su aliado Enrique de Borbón que se ganó su reino con la punta de su espada, y fué Enrique IV. Los últimos quince años de la reina fueron tristes; se pasaron en luchas palaciegas entre el nuevo favorito conde de Essex, á quien Isabel amaba y á quien primero abofeteó y luego hizo decapitar por rebelde, y el segundo Cecil, astuto y depravado. Pero la isla prosperaba; su clase media, verdadera fuerza del protestantismo inglés, se enriquecía con la industria y el comercio en incesante progreso, que también alcanzaba á la instrucción y la asistencia públicas. Hombres de estado emi-

mentes, filósofos como Bacon, poetas como Spencer y dramaturgos como Shakespeare, eran la corona de áureas flores del reinado de la princesa, que dominada, sin embargo, por el histerismo y la melancolía, veía cada día alejarse de ella todo, amigos, cortesanos y pueblo. En 1603 murió aquella reina tan grande, pero tan extraña y tan aislada en su grandeza (Green).

7. *Los Valois y las guerras de religión en Francia.*—Enrique II, que sobrevivió poco á la paz con España (fué muerto accidentalmente en un torneo), tenía una corte que era un trasunto de una corte italiana del Renacimiento, como lo había sido la de su padre Francisco I; una Medici era la reina, menospreciada de su esposo; la verdadera, fué la favorita Diana de Poitiers, que no tenía más pasión que el lujo y una insaciable codicia, pero que protegió á los artistas, y de cuyo ilegítimo reinado datan algunas de las mejores creaciones del Renacimiento francés.—Francia, cada vez más compacta y patriota, había salido incólume de su lucha desigual con el imperio. Pero desde los tiempos de Francisco I había penetrado en ella la simiente reformista, pronto esterilizada por el fuego de las hogueras. Calvino puso todo su afán en la propagación de sus doctrinas en su país natal, para arrebatarlo, á un tiempo, al Papa y á Lutero. Logró esta parte de su objeto, porque el protestantismo francés fué exclusivamente calvinista, lo que lo convirtió en una herejía de combate, democrática pero militarmente organizada, basada en la austeridad y la intolerancia.—El carácter y la imaginación francesa se adecuaban poco al culto serio y desnudo de los ginebrinos; así es que la fuerza de expansión de la Reforma cesó pronto y tuvo por resultado constituir una indilatable minoría disidente y reavivar las creencias católicas de las multitudes, precisamente por su carácter batallador. Pero la inferioridad en cantidad, estaba compensada con la superioridad en calidad de los que el vulgo, transformando el vocablo alemán *eigenossen* (correligionario) llamaba *huguenots* ó hugonotes que decían los españoles. Lo mejor de la nobleza, en la corte y en las provincias, estaba con los sectarios: así los Borbones, príncipes de sangre real, herederos del trono á falta de los Valois y entre quienes hacían el primer papel Antonio, rey consorte de Navarra, esposo de la reina Juana de Albret y padre del futuro Enrique IV, y su hermano el príncipe de Condé, soldado resuelto y valeroso. Entre los nobles hugonotes descuella la familia de Chastillon y, sobre todo, su jefe, el gran Gaspar de Coligni, almirante de Francia, inmaculado como guerrero y como hombre, y suegro de Guillermo de Orange. Entre los literatos mencionaremos al poeta más notable del tiempo, quizás, Clemente Marot, y al primer satirista de Francia, Agripa D'Aubigné. Entre los sabios, al mejor de los matemáticos franceses, Pedro Ramus; al mejor de los cirujanos, Ambrosio Paré, y al céle-

bre Bernardo Palissy, que reinventó, á costa de increíbles sacrificios, la porcelana esmaltada y legó á su país una industria de arte de primera importancia. Entre los teólogos y apóstoles de las nuevas ideas, haciendo á un lado á Calvino que, como ya dijimos, fué el creador de la prosa francesa, y á Teodoro de Beze, el gran misionero de la Reforma, puede citarse á Duplessis Mornay, historiador, teólogo, apóstol, estadista y soldado, á quien llamaron sus contemporáneos «el Papa hugonote,» y á quien Guizot ha dado un lugar entre sus *cuatro grandes cristianos franceses* (los otros tres son San Luis, Vicente de Paul y Calvino). Del lado católico campaba ya en los tiempos de Enrique II una rama de la casa de Lorena, la familia de los Guisas; llena de ambición hasta el grado de dejar decir á sus aduladores que su derecho á la corona era mejor que el de los Valois, y resuelta á suplantar á los Borbones, cuando menos, conquistó la jefatura del partido católico, que, sin duda, podía llamarse *el partido nacional*; dos individuos de esa familia levantaron muy alto la fortuna de la casa: el cardenal de Lorena, hombre elocuente é ilustrado que hizo tan ambiguo papel en el concilio de Trento, pero que era el político de la familia, y Francisco de Guisa, conspicuo capitán de popularidad inmensa por la defensa de Metz contra Carlos V, y por la recuperación de Calais; era el ídolo de la Francia de entonces, siempre apasionada por la gloria militar.

Cuando subió al trono el joven Francisco II, los Guisas, que habían casado al rey con su bella é inteligente sobrina la reina de Escocia, María Estuardo, gobernaron de hecho (1559). La persecución religiosa tomó incremento; pero buena parte de la nobleza que odiaba á los extranjeros, como llamaba á los de Lorena, conspiró con los hugonotes, conspiraciones que tenían por principal objeto arrancar al rey adolescente á sus tutores. Los Guisas ahogaron en sangre las conspiraciones; el martirio hizo crecer la secta; la intolerancia la empujó á cometer atrocidades contra los católicos, y todo fué pronto sombra y sangre; convocar los Estados Generales, que se mostraron resistentes á los Guisas; reunir un Concilio nacional que reformara la Iglesia y facilitara la reunificación, lo que espantaba al Papa, eran el remedio supremo á que los tíos de María Estuardo se creían en el deber de recurrir. Mas todo aumentaba el caos, hasta que Francisco II murió.—Con Carlos IX, su hermano, comienza el reinado de la reina madre Catarina de Médicis (1560). Esta italiana, espesa de cuerpo, pero ligerísima de espíritu, aplicó todo el instinto político de su raza á satisfacer su pasión suprema: salvar á sus hijos del naufragio que amenazaba á la monarquía y salvar en sus hijos su influencia maternal y política. En medio de la confusión general se había formado un partido de conciliación adicto á la legalidad, pero inclinado por patriotismo y por ilustración á la tolerancia

religiosa; este partido, que será en toda época normal, el de todo francés sensato y el que mejor se aviene con la índole de la nación, tuvo entonces por jefe á un hombre eminente por su prudencia y su integridad, el canciller L'Hopital. A él entregó Catarina las riendas del gobierno, inclinándose, como era natural, para contrabalancear el ascendiente de los Guisas, al bando reformado. El canciller dictó medidas de perdón, permitió el ejercicio del culto nuevo con ciertas condiciones, procuró la celebración de sínodos y hasta hubo una solemne discusión entre teólogos católicos y protestantes (el coloquio de Poissy), que en realidad no tuvo otra significación *que reconocer la personalidad legal*, digámoslo así, *de las iglesias reformadas*; éstas aumentaron rápidamente, y al estallar la guerra eran más de dos mil, que, ante la exaltación inmensa del clero católico que azuzaba sin cesar á las masas, se armaron y organizaron. El duque de Guisa, haciendo asesinar á los habitantes de una comuna protestante y el entusiasmo que este crimen provocó en París, fué la causa del levantamiento (1562).

Los de Guisa comenzaron por apoderarse del rey menor y de la reina madre, y con un ejército formado en su mayor parte de auxiliares alemanes y suizos, hicieron frente á los hugonotes auxiliados principalmente por Isabel de Inglaterra, á quien habían dado el Havre, sacrificando sus deberes de patriotas á sus odios de sectarios. Durante la lucha fué vencedor el duque de Guisa, á quien asesinó, cuando sitiaba á Orleans, un noble hugonote, instigado por Coligni, decían los católicos. Catarina obligó á los contendientes á firmar una paz, un tanto restrictiva de los derechos otorgados á los reformados; recuperó el Havre, ayudada por los ejércitos de ambos bandos, y luego firmó la paz con Isabel y se entregó, con innegable empeño patriótico, á restañar las heridas de la nación que debía gobernar su hijo.—Catarina, sin embargo, se convenció, en un viaje que hizo por las provincias, de la reducida minoría que los hugonotes tenían en el país, y aunque resistió al duque de Alba que la instaba en Bayona á adoptar una política de implacable persecución, sus propósitos fueron desde entonces poco favorables á los disidentes. Así es que éstos, cuando tuvieron noticia de que el duque de Alba ahogaba en sangre á la Reforma en los Países Bajos y notaron que el ejército real se reforzaba con mercenarios suizos, se alzaron en armas; pero batido su jefe el príncipe de Condé, habrían sucumbido sin el auxilio de los alemanes.—En la nueva paz, que disgustó terriblemente á los católicos y á Felipe II, á quien precisamente la reina no quería subalternarse, los hugonotes quedaron en la favorable situación en que antes de la primera guerra civil se hallaban. Sin embargo, el buen suceso de la política de represión en los Países Bajos, la actitud conminadora de Felipe II,

francamente aliado á los Guisas, y la muestra de audacia provocadora dada por los disidentes en la lucha última, acabaron por inclinar á Catarina á cambiar de política; comenzó por quitar toda intervención en el gobierno á L'Hopital y á los moderados, y acabó por un sistema de vejaciones tal, que los hugonotes indignados entraron de nuevo en campaña, no sin haber celebrado nueva alianza con los ingleses, cuyos navíos dieron en esa época golpes de muerte al comercio francés. En esta nueva guerra fué vencido Condé por el duque de Anjou (el futuro Enrique III) y muerto en una refriega. La intrépida Juana de Albret y su joven hijo Enrique de Navarra, reanimaban á sus correligionarios, que tornaron, con todo, á ser vencidos con ayuda de los mercenarios suizos y de los italianos enviados por el Pontífice. Pero gracias á Coligni, los protestantes recuperaron el terreno perdido, y la corte, exhausto el tesoro é indisciplinado el ejército mercenario, y por añadidura convencida de que Felipe II sólo ambicionaba que las guerras de religión se prolongasen en Francia para debilitarla, se resolvió á hacer la paz que fué firmada en San German (1570). Este tratado reconoció la existencia legal de la república militar hugonote dentro del Estado; la unidad francesa estaba disuelta. Para sellar el pacto, el rey de Navarra fué á París, acompañado de la flor y nata de la aristocracia reformada, á celebrar su matrimonio con la hermana de Carlos IX, la inteligente y licenciada Margarita de Valois.

*La « San Bartolomé. »*—Pronto Coligni adquirió inmenso ascendiente en el ánimo del rey que le llamaba *su padre*; el almirante desenvolvió á la vista del joven soberano sus vastos planes de organización de la marina francesa (todos basados en la alianza con Inglaterra), de guerra con España y de conquista de los Países Bajos; así unimismaba el anciano hugonote sus ambiciones de patriota y sus odios de sectario contra España, así como el deseo de servir al príncipe de Orange. El rey estaba casi resuelto; entonces entró en escena Catarina, que temía la guerra con España y que, asediada por su hijo el duque de Anjou, por Enrique de Guisa, ansioso de vengar en Coligni la muerte de su padre, y por los emisarios pontificios, formó con ellos y con los jefes del populacho de París, que, terriblemente excitado por los sermonarios de las encrucijadas no respiraba mas que matanza, un pacto de sangre. Lo que más decidió á Catarina á tomar la espantosa resolución, fué el recelo que tenía de que el rey se escapara á su influencia; esto le era intolerable; Coligni debía morir.—La noche del 24 de Agosto, partidas armadas, llevando por distintivo una cruz blanca, enfurecidas por monjes energúmenos y por el instinto de animal feroz que yace en el corazón de las multitudes, se lanzó sobre los dormidos hugonotes y, en medio de alaridos salvajes y á la luz de las antorchas, ó los arrastró